

guió, mediante un vivo fuego de artillería, reunir á sus dispersos escuadrones, y dando una carga á la cabeza del corto número de ginetes que no habian entrado en accion, rechazar á los indios. Entonces ordenó la retirada de las otras dos divisiones. Reuniéronse otra vez las fuerzas dispersas, y poniendo á los indios por delante y cubriendo la retaguardia con un selecto cuerpo de caballería, se efectuó aquella sin mas que una nueva pérdida muy insignificante.<sup>11</sup>

Andrés de Tapia habia sido enviado á la calzada del Poniente, á instruir á Sandoval y á Alvarado del malogro del asalto; pero en el entre tanto habian internádose mucho los dos capitanes. Alentados por los gritos de triunfo de los compañeros de las otras calles, habian acometido con vigor extraordinario por no quedarse atras en aquel camino de gloria. Casi habian llegado á la plaza del mercado, la cual estaba mas cerca de sus cuarteles que de los del general, cuando oyeron la corneta tremenda de Cuauhtemotzin,<sup>12</sup> seguida despues de la grito de los bárbaros que tanto habia asustado los oidos de Cortés, y despues oyeron perderse á lo lejos el rumor del combate. Los dos capitanes supieron entonces que aquel dia debia ser para ellos tan funesto como para sus compañeros, teniendo una prueba de esto cuando los victoriosos aztecas que venian de vuelta de dar alcance á Cortés, se reunieron con los que pugnaban con Sandoval y Alvarado y atacaron á estos dos oficiales con redoblado furor. Juntamente, levantaron por lo alto dos ó tres cabezas de españoles, gritando "Malintzin." Los

<sup>11</sup> Para lo relativo á esta catástrofe, consúltese ademas de la carta de Cortés, y de la Hist. de Diaz tantas veces citadas; Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS, lib. 12, cap. 33. Camargo, Hist. de Tlaxcallan, MS. Gomara, Crónica, cap. 138. Torquemada, Monarq. Ind., lib. 4, cap. 94. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 26 y 48.

<sup>12</sup> "El resonido de la corneta de Cuauhtemotzin. La corneta mágica de Astolfo no era mas terrible.

*"Dice che 'l corno è di sí orribil suono,  
 Ch' ovunque s' oda, fa fuggir la gente.  
 Non può trovarsi al mondo un cor sí buono,  
 Che possa non fuggir come lo sente.  
 Rumor di vento e di tremuoto, e 'l tuono,  
 A par del suon di questo, era niente."*

ORLANDO FURIOSO, Canto 15, st. 15.

capitanes llenos de horror al ver aquel espectáculo, no obstante que daban poco crédito á la palabra del enemigo, ordenaron al instante la retirada. Pero los castellanos no podian estar-se fuertes contra los furiosos ataques de los sitiados, quienes viniendo en falanges, los arremetian con tal desesperacion que uno que estuvo presente, escribe estas palabras: "Porque yo no lo sé aquí escribir, que ahora que me pongo á pensar en ello es como si visiblemente lo viese; mas vuelvo á decir, y así es verdad, que si Dios nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos.<sup>13</sup> Los enfurecidos bárbaros persiguieron á los blancos hasta sus atrincheramientos; pero en llegando á ellos fueron recibidos, primero por los fuegos cruzados de los bergantines que encallados en las estacadas dispuestas para obstruir sus movimientos, enfilaban completamente la calzada; y despues, por una pequeña batería situada frente á la calzada y dirigida por un artillero muy hábil nombrado Medrano, la cual batia perfectamente la línea de la calzada. Batidas por el frente y por los flancos las dispersas columnas de los aztecas, se vieron obligados á retroceder y á guarecerse dentro de los muros de la ciudad.

Reinaba en el ejército la mayor ansiedad por saber de Cortés, pues Tapia habia sido detenido en el camino por las partidas sueltas encargadas por Cuauhtemotzin de cortar las comunicaciones entre los reales. Mas por fin llegó, desangrándose por varias heridas; pero las noticias que trajo, si bien tranquilizaban á los españoles en cuanto á la vida del general, les dejaban en cuanto á lo demas en la mayor incertidumbre. Sandoval principalmente queria informarse bien del estado de los negocios y de los futuros planes del general, y no obstante que en el combate de aquel dia habia recibido tres heridas, determinó ir á visitar personalmente los cuarteles del general en gefe. Era medio dia porque en las desastrosas escenas que acababan de pasar solo se habian empleado pocas horas, cuando Sandoval montó su hermoso caballo en el que podia confiar por su fuerza y ligereza. Era un noble caballo, famoso

<sup>13</sup> Bernal Diaz, cap. 152.



en todo el ejército y digno de su valiente dueño, al cual había llevado y sacado salvo en largas marchas y de sangrientas batallas.<sup>14</sup> En el camino se encontró con los destacamentos de Cuauhémotzin, que intentaron cojerlo y que le arrojaron multitud de proyectiles que afortunadamente no hicieron mella ni á su armadura ni á su bardado corcel.

Quando llegó al campamento encontró á las tropas desalentadas y tristes por las desgracias de aquella mañana. Razon tenían para ello, porque fuera de los muertos y de los muchísimos heridos, habían caído sesenta y dos españoles y gran número de aliados en manos del enemigo, de un enemigo que jamás acostumbraba perdonar á un cautivo. La pérdida de dos piezas de batalla y de siete caballos coronaba la desgracia de los castellanos y el triunfo de los aztecas. Semejante pérdida, insignificante en Europa, era de la mayor importancia en esta guerra en que las dos cosas, los cañones y los caballos, que eran las principales armas contra los bárbaros, se conseguían á gran costa y con las mayores dificultades.<sup>15</sup>

Notóse que Cortés se condujo en aquella aciaga jornada con la intrepidez y serenidad que acostumbraba: la sola vez que se le vió vacilar, fué cuando los indios le presentaron las cabezas de varios españoles, gritando: "Sandoval, Tonatiuh," el sobre nombre de Alvarado. Al ver aquel espectáculo se puso pálido por un momento; pero luego recobró su genial sangre fría y procuró infundir aliento á sus compañeros. Recibió, pues, á su teniente con semblante placentero; pero se dejaba traslucir cierto aire de tristeza que probaba cuán al corazón le había llegado la catástrofe de la "puente cuidada," como él la llamaba tristemente.

<sup>14</sup> Este famoso corcel que puede rivalizar con Babieca el caballo del Cid Campeador, se llamaba Motilla, y cuando alguno quería ponderar la bondad de su caballo, decía: "es tan bueno como Motilla." Así lo dice el príncipe de los cronistas, Bernal Díaz, quien tiene gran cuidado de que á ninguna bestia ni á ningún hombre se le defraude el elogio que mereció en la campaña contra los infieles. "Era de color castaño, con una mancha en la frente y para que fuese mas afamado, tenía una sola pata blanca." V. Díaz, cap. 152.

<sup>15</sup> Tenían razón aquellos caballeros de no aventurar imprudentemente sus caballos, si acaso es cierto como dice Díaz, que cada uno costaba ochocientos ó mil pesos. (Hist. de la Conq., cap. 151.) Véase también antes el lib. II, cap. 3, nota 14.

A las ansiosas preguntas que le hacia Sandoval sobre la causa de la derrota, contestó él, "solo por mis pecados ha podido sucederme esto, hijo Sandoval," (que era el epíteto que solía dar Cortés á los oficiales en quienes mas confiaba y predilectos suyos.) La causa inmediata la atribuyó al descuido del tesorero: en seguida manifestó el propósito que tenía de continuar las hostilidades por un poco de tiempo. "Vos debeis ocupar mi lugar," continuó, "porque yo estoy herido y cojo. Os ruego que os pongais cobro en los tres reales, y cuidad especialmente del de Alvarado: bien sé que habrán batallado esforzadamente; pero temo no les desbaraten estos perros mexicanos."<sup>16</sup> Estas pocas palabras probaban todo el afecto que Cortés profesaba á sus dos tenientes, ambos igualmente valientes; pero de los que el uno tenía la circunspección tan esencial para las empresas peligrosas, mientras que el otro carecía de ella completamente. El futuro conquistador de Guatemala debía, como todos, comprar la propia experiencia á costa de amargos frutos, bajo la dirección de Cortés se enseñó á ser soldado. El general despues de dar todas sus instrucciones abrazó afectuosamente á su teniente y lo mandó á sus cuarteles.

Llegó á ellos muy entrada la tarde, pero todavía no se ocultaba el sol tras las montañas del occidente, y todavía derramaba su blanda luz sobre todo el valle é iluminaba las venerables torres y pirámides de Tenochtitlan, formando aquel bello espectáculo un contraste con las escenas de horror de que había sido teatro la ciudad pocos momentos antes. La tranquilidad del crepúsculo fué alterada por el repentino y ronco son del atambor del gran templo, y recordó á los españoles la noche triste, única vez que lo habían oído.<sup>17</sup> Aquel sonido anunciaba que dentro del execrable recinto del templo mayor se estaba practicando alguna gran ceremonia, y los soldados so-

<sup>16</sup> "Mira pues veis que yo no puedo ir á todas partes á vos os encomiendo estos trabajos pues veis que estoy herido y cojo: ruego os pongais cobro en estos tres reales, bien sé que Pedro de Alvarado y sus capitanes y soldados que habrán batallado y hecho como caballeros, mas temo el gran poder de estos perros no les hayan desbaratado." *Ibid.*, cap. 152.

<sup>17</sup> "Un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oía dos ó tres leguas." *Ibid.*, loco citato.



brecojidos por las lúgubres vibraciones del atambor, volvieron la cara hácia el lugar de donde venían. Como el campo de Alvarado solo distaba de la plaza un tercio de legua, y en la mesa central es tan pura la atmósfera, se pudo desde allí ver distintamente que una larga procesion iba subiendo la tortuosa escalera de la pirámide.

Entre los sacerdotes y guerreros que formaban aquella, distinguieron los españoles algunos hombres desnudos, y que por el color de la piel reconocieron ser compatriotas suyos. Eran en efecto las víctimas destinadas al sacrificio; sus cabezas iban adornadas de plumas, y en la mano llevaban grandes abanicos. A fuerza de golpes se les hacia caminar y tomar parte en las danzas en honor del dios de la guerra. Las desventuradas víctimas fueron despojadas de sus fúnebres atavíos, y estendidas sobre la gran piedra de los sacrificios. Sobre su conveversa superficie quedó su pecho suficientemente elevado para que los sacerdotes pudiesen desempeñar cómodamente su diabólico oficio, que consistia en hendir de un solo tajo las costillas con una filosísima navaja de itztli, introducir la mano en el pecho y sacar de él el corazón, que todavía caliente y palpitante era depositado en el incensario de oro que estaba delante del ídolo. El cuerpo de la despedazada víctima era despues arrojado á rodar por las encumbradas escaleras de la pirámide, las cuales como se recordará, remataban en el ángulo del pilar, y estaban unas debajo de otras. Los canníbales que estaban en el átrio recojían con avidéz los mutilados restos, y los destinaban al asqueroso banquete con que terminaba tan abominable ceremonia.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> *Ibid.*, ubi supra. Oviedo, *op. cit.*, MS., lib. 33, cap. 48. "Sacándoles los corazones sobre una piedra que era como un pilar cortado, tan grueso como un hombre y algo mas, y tan alto como medio estadio; allí á cada uno echado de espaldas sobre aquella piedra que se llama Techcall, uno le tiraba por un brazo y otro por el otro, y tambien por las piernas otros dos, y venia uno de aquellos sátrapas con un pedernal como un hierro de lanza enhaestado en un palo de dos palmos de largo: le daba un golpe con ambas manos en el pecho y sacando aquel pedernal, por la misma llaga metia la mano y arrancábale el corazón, y luego fregaba con él la boca del ídolo, y echaba á rodar el cuerpo por las gradas abajo que serian como 50 ó 60 gradas; por allí abajo iba quebrando las piernas y los brazos, y dando cabezasos con la cabeza, hasta que llegaba abajo aun vivo." Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 35.

Ya podemos imaginarnos cuales serian las sensaciones que experimentaban los españoles al ver el hórrido espectáculo que tenían ante los ojos, al reconocer desde la pequeña distancia á que estaban, á las personas de sus amigos desgraciados, al ver sus esfuerzos impotentes y al escuchar, ó al creer que escuchaban los quejidos de su agonía ¡Sin embargo, ningun socorro podían prestarles! Sus carnes temblaban al pensar que aquel destino seria algun dia el suyo; y hasta los mas valerosos, y hasta los que hasta entonces habian ido al combate tan alegres y sin cuidado como si fuesen á un banquete ó á un festejo, no pudieron en adelante encontrarse con los enemigos sin experimentar una sensacion de terror muy prócsima al miedo.<sup>19</sup>

Mas no fué tal el efecto que el sacrificio produjo en las tropas mexicanas reunidas al extremo de la calzada. Como si fueran buitres embriagados por el olor de su lejana presa, arrojaron un grito penetrante, y se precipitaron como torrente, por la calzada despues de esta horrible exclamacion: ¡que tal sea la suerte de todos nuestros enemigos! Pero los españoles no fueron cogidos de sorpresa: antes de que los aztecas hubieran traspasado la línea de su campamento, les hicieron un terrible fuego con las piezas de artillería de grueso calibre, y con los arcabuces y ballestas; con lo que el enemigo se vió precisado á replegarse á su antigua posicion; pero horriblemente despedazado.

Los cinco dias subsecuentes se pasaron en la inaccion, salva sin embargo, la resistencia que de vez en cuando era necesario oponer á las salidas de los sitiados. Los aztecas entre-

<sup>19</sup> Por lo menos así lo confiesa el capitán Bernal Diaz, soldado tan intrépido como el que mas lo fuera en todo el ejército. Sin embargo, se consuela con pensar que el temor de sus piernas mas bien era efecto de exceso que de falta de valor, pues que provenia de que sentia al vivo que tenia que esponer su vida á mayores peligros que otras veces. El pasage original es notable porque es una muestra del inimitable candor del antiguo cronista. "Digan ahora todos aquellos caballeros que desto del militar entiendan, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué fin echarán mi temor, si es á mucha flaqueza ó á mucho esfuerzo, porque como he dicho, sentí yo en mi pensamiento que habia de poner por mi persona batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazón y temia la muerte." *Hist. de la Conq.*, cap. 156.



tanto, engreídos con sus triunfos se abandonaron á una especie de jubileo, y pasaban el día bailando, cantando y bebiendo al rededor de sus miserables víctimas. Cuauhtemotzin envió las cabezas de varios españoles y caballos á las ciudades comarcanas, invitando á los antiguos vasallos de la corona de México, á abandonar las banderas de los blancos, si no querían que les tocara á ellos el destino reservado á todos los enemigos de México. Los sacerdotes alentaron al joven monarca y al pueblo haciéndoles creer que el tremendo Huitzilopochtli, su ofendida deidad, apaciguado con los sacrificios últimos, había vuelto á tomar á los aztecas bajo su protección, y dentro de ocho días iba á poner en sus manos á sus odiados enemigos.<sup>20</sup>

Esta consoladora predicción la hicieron saber los indios á los sitiadores por medio de bravatas y vanaglorias, las que si bien pueden haber menospreciado los españoles, han de haber producido un efecto muy diferente en los aliados, quienes ya comenzaban á cansarse de un servicio tan peligroso y penoso, y además, más largo de lo que debían esperar según la manera de hacer la guerra entre los indios. Comenzaban á desconfiar de los españoles: la experiencia les había enseñado que no eran ni invencibles ni inmortales, y los últimos reveses les hacían juzgarles incapaces de sojuzgar la metrópoli azteca; finalmente, recordaban las ominosas palabras de Xicotencatl que había predicho que no tendría buen término aquella guerra sacrilega. Al pensar que habían levantado la mano contra los dioses de su patria, se sintieron agobiados por la predicción, creyeron que se cumpliría plenamente, y solo esperaban una oportunidad para parar el golpe abandonando á los españoles.

Aprovecháronse pues, de la oscuridad de una noche para volverse á sus hogares: fueron desertándose en compañías, cada una de las cuales tomaba el camino del suyo respectivo. Las tropas procedentes de las grandes ciudades que últimamente habían sometido, fueron las primeras en desertar: su ejem-

<sup>20</sup> Herrera, *Hist. General*, dec. 2, lib. 3, cap. 20. *Ixtlilxochitl*, *Venida de los españoles*, caps. 41 y 42. "Y nos decían que de allí á ocho días no había de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habían prometido la noche antes sus dioses." Bernal Díaz, cap. 153.

plo fué seguido por las de Chololan, Tepeaca, Tetzaco, y hasta las de la fiel Tlaxcallan. Había sin embargo honrosas excepciones, entre ellas la de Ixtlilxochitl, el señor de Tetzaco, y la de Chichimecatl, el valiente caudillo de Tlaxcallan, los cuales con unos cuantos compañeros, permanecieron fieles á la causa en que militaban. Pero los que tal hicieron fueron en número insignificante, y los españoles vieron con tristeza que el largo séquito con el cual contaban para que los ayudasen, había desaparecido silenciosamente por efecto de la superstición. Solamente Cortés permanecía imperturbable. Trató con desprecio la predicción llamándola patraña de los sacerdotes y mandó en pos de los escuadrones desertados, mensajeros que les suplicasen que se volvieran ó por lo menos que se detuviesen en el camino, hasta que pasando el tiempo fijado se convenciesen de la falsedad de las predicciones.

Es necesario confesar que en esta crisis tenían sombrío aspecto los negocios de los españoles. Veíanse abandonados de sus aliados: sus municiones casi se habían agotado: carecían de los víveres que les venían de las ciudades comarcanas: estaban estenuados por las vigilias y fatigas; padecían de las heridas de que nadie quedó esento en todo el ejército; tenían á la retaguardia un país inhospitalario; y al frente un enemigo implacable: podía, pues, escusárseles de desfallecer en su empresa. Durante el día se ocupaban en forragear por aquellas inmediaciones y en repeler los ataques de los sitiados, los cuales eran más frecuentes después de sus triunfos y de las promesas de sus sátrapas; y de noche interrumpía su sueño el tañido del melancólico atambor, cuyo clamoreo propagándose por las aguas pregonaba la muerte de sus asesinados compatriotas. Cada noche eran llevadas nuevas víctimas al altar de los sacrificios: toda la ciudad estaba alumbrada por millares de luminarias que ardían en los techos de las casas y en la cumbre de los templos, y á cuya fúnebre luz se veía distintamente desde los campamentos españoles aquella ceremonia horrible, que parecía ser obra del infierno. Una de las últimas víctimas fué Guzman el page de Cortés, que permaneció en cautiverio diez y ocho días antes de sufrir su destino.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 36. *Ixtlilxochitl*, *ubi su-*



Sin embargo, no desfallecieron los castellanos en aquel momento de prueba, y si hubiesen desfalecido habrían recibido una lección de fortaleza, de algunas de sus mugeres, las cuales los siguieron al campamento, y que en esta ocasión desplegaron un heroísmo de que ofrece varios ejemplos la historia. Una de ellas, tomaba la armadura de su marido y montaba guardia por él cuando estaba cansado. Otra se puso el escarpil de un soldado, tomó una espada y una lanza y reuniendo á sus dispersos compatriotas los hizo volver á embestir con los enemigos. Cortés intentó persuadir á estas Amazonas á que permaneciesen en Tlaxcallan; pero ellas replicaron orgullosamente: que no era bien que damas castellanas abandonasen á sus maridos en el peligro, sino que lo partiesen con ellos, y también si era necesario, muriesen á su lado. Y en efecto, llenaron cumplidamente su deber.<sup>22</sup>

A pesar de tantos descalabros y angustias, no por eso decayeron en su propósito los españoles, ni relajaron por un momento la severidad del sitio. Sus campamentos quedaron situados en la salida de las principales calzadas. Cada vez que intentaban los aztecas romper el sitio, arrasaban con sus largas columnas, por medio de la artillería. Los bergantines todavía continuaban señores de aquellas aguas, estorbando las comunicaciones con las riberas, aunque la pérdida de las canoas aliadas dejaba abierto el comercio clandestino con la capital,

*pra.* El lector español puede ver por sus ojos que mi imaginación no ha recargado el cuadro de estos horrores. "Digamos ahora lo que los mexicanos hacían de noche en sus grandes y altos cuevas; y es que atañían su maldito atambor, que dije otra vez que era el de mas maldito sonido y mas triste que se podía inventar, y sonaba muy lejos y tañían otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y tenían grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros, de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez días arreo hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóbal de Guzman, que vivo lo tuvieron diez y ocho días, según dijeron tres capitanes mexicanos que prendimos." Bernal Diaz, cap. 153.

<sup>22</sup> "Que no era bien que mugeres castellanas dejasen á sus maridos yendo á la guerra, y que á donde ellos muriesen, allí morirían ellas." Herrera, *Hist. General*, dec. 3, lib. 1, cap. 25. El historiador ha consignado los nombres de algunas de estas heroínas en las páginas de su historia, y en verdad que semejantes mujeres merecen participar del honor de la conquista. Llamábanse, Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juana Martín, Isabel Rodríguez, Beatriz Bermudez.

y permitía á ésta abastecerse de víveres. Pero con todo, el acopio de éstos era pequeño, y la populosa ciudad, no obstante el engrimiento de sus últimas victorias y las falaces ofertas de los sacerdotes, comenzaba á ser devorada interiormente por una plaga mas cruel que todos los enemigos que estaban á sus puertas.<sup>23</sup>

<sup>23</sup> *Ibid*, ubi supra.